

CARTA DEL DIRECTOR

En las reuniones de Instituto en las que se trató la publicación de este número de RES GESTA, se pudieron advertir dos circunstancias sobre la historia del primer peronismo, que empezaba hace sesenta años y terminaba abruptamente diez años después.

Una hacía a la memoria colectiva. Todos los que intervenían en las discusiones, pertenecían a generaciones que no habían vivido esos días. Sin embargo los relatos eran numerosos, y se habían transmitido de padres a hijos y nietos, de una manera clara y precisa.

Algunos habían recibido la idea que eran tiempos felices de abundancia y de genuina participación popular. Otros, por el contrario, de represión y sofocante uniformidad. Alguien de quien se sabía que era antiperonista acérrimo, era obligado reiteradamente a participar en un lugar destacado en los homenajes a Eva Perón. Una persona no quería usar el luto obligatorio y era amablemente requerida a hacerlo, mientras que en otras oficinas públicas no había amabilidad alguna. Los que habían adscrito al peronismo -partiendo de las ideas socialcristianas o incluso de instituciones de la Iglesia- al final, miraban desconcertados el enfrentamiento que los desubicaba completamente en su vida social y política; algunos privilegiaron su catolicismo, para luego ser despreciados por quienes siempre habían sido opositores. En una ciudad pequeña de la pampa gringa, durante esos años -y los posteriores- había sido clara la división entre "los del centro" (antiperonistas) y los de las "orillas" (peronistas); solo en el medio podían co-existir, aunque no necesariamente convivir.

Las anécdotas infinitas reflejaban que el peronismo de los años cincuenta era uno de los acontecimientos que había calado más hondo en los contemporáneos. A nadie le había resultado indiferente; nadie había quedado inmune a su paso. Ningún gobierno había tenido una influencia tan grande ni

tan generalizada, que cincuenta años después de su culminación, los hijos o nietos de quienes habían vivido los acontecimientos, pudieran recordar anécdotas menudas y cotidianas de sus familias. En ningún otro período histórico las vivencias familiares fueron tantas y tan variadas; en ningún otro período fueron tan generales. Solo la última dictadura militar puede haber sido igualmente traumática, pero solo para quienes la sufrieron directamente a través de muertes o desapariciones, no para muchos otros ciudadanos.

La otra circunstancia que se veía con claridad es que ya se podía hacer historia del peronismo. Por fin, podía haber debate de ideas, aún encontradas y apasionadas; habían desaparecido las tensiones terribles de otras épocas.

Más allá de las percepciones, no cabe dudas que esos años son una clave fundamental para la interpretación de la Argentina posterior.

Según como se mire, el peronismo fue el último escalón del viejo esplendor argentino, iniciado con la organización nacional; una innegable democracia - plesbicitaria, populista, autoritaria- pero real, con un estado fuerte que redistribuía la riqueza. O por el contrario, fue el comienzo de la decadencia, con un estado paquidérmico e ineficaz, que oscilaba entre políticas contradictorias, que pregona principios que no quería o no podía cumplir. O quizá, fue ambas cosas, la culminación de un proceso de crecimiento económico y de movilidad social, que culminó con la inclusión de los sectores sociales que aún no tenían una participación plena y al mismo tiempo la consolidación de un Estado que había crecido paulatinamente hasta convertirse en un ser pesado e ineficiente.

Ahora es más fácil analizar serenamente, cuánto debieron las convulsiones políticas de aquellos años a los ex - abruptos propios de un militar metido a político, y a las crónicas desencuentros argentinos, azuzados ambos por la necedad de personas de todos los partidos y corrientes que no supieron detenerse ante el abismo de odios y desencuentros que se abría ante ellos; cuánto hubo de genialidad en Perón, y cuánto en ensalzamiento inútil, cuánto debió la política argentina a Eva Perón, ... o a su ausencia posterior; cuál fue esa compleja y sutil relación entre los sindicatos y un caudillo carismático al que los obreros apreciaban más allá de estructuras formales.

Ahora sí es posible ver los auténticos logros del justicialismo y los que sólo eran una ilusión propagandística; recordar una política de salud inteligente y menos conocida que una nacionalización de ferrocarriles más plena de slogans que de realizaciones; analizar si los aviones supersónicos fueron sueños utópicos o si eran una consecuencia lógica de emprendimientos anteriores; ver logros y deficiencias en la educación, más allá de "Evita me ama" de los libros escolares; si la economía

era una respuesta inteligente a ciertas condiciones, o sólo una visión sesgada de la realidad basada en un proteccionismo anacrónico; si la política internacional era tan novedosa como se quería hacer aparecer, o si era una nueva formulación de los viejos principios que la Argentina había defendido siempre ...

En lo social es donde quedan pendientes los debates más profundos. El justicialismo de esos años implicó un estado de bienestar que en la Argentina no se había siquiera soñado con la profundidad con la que se dio. Capital y trabajo establecieron bases que luego fueron motivo de debates, pero que nunca se replantearon seriamente. El régimen previsional quedó anclado en el pasado venturoso, pero las circunstancias lo hacían cada vez más y más inalcanzable. Nunca se planteó un equilibrio realista entre justicia y posibilidades ciertas de sustentación.

No es nueva la atracción que el peronismo -especialmente en sus orígenes y en los años de esplendor- ha ejercido sobre los historiadores, tanto argentinos como muy especialmente los extranjeros. Esta atracción -más bien diríamos en muchos casos fascinación- ha hecho olvidar muchas cuestiones que sin tanto brillo se fueron elaborando en los años anteriores. Especialmente las décadas del veinte y del treinta, son años que no han merecido la misma atención que los años de Perón. Y sin duda que muchas de las claves para entender esos años, han de buscarse en las décadas anteriores, de una democracia débil, incompleta en algunos períodos, pero múltiple y promisoría, intelectualmente brillante, que sucesivos golpes militares troncharon.

Aunque mucho se ha dicho de Perón, del peronismo y del justicialismo, la variedad de trabajos que integran este volumen es prueba suficiente de que hay muchas cuestiones que merecen ser profundizadas o re-elaboradas. En su mayoría, son investigaciones que siguen la nueva orientación que se ha abierto camino en los últimos años: apreciar las variantes particulares -provinciales o regionales- de un peronismo que ya no puede ser apreciado como un fenómeno político único, sino una realidad variable y múltiple, más allá -e incluso a su pesar- del formidable liderazgo de Perón.

Luis María Caterina